

Dr. Rutilio García Pereyra
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua, México

MCI. Juan Manuel Madrid Solórzano
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua, México

La representación del vicio a partir del desarrollo económico de una zona de frontera: Ciudad Juárez (México) y El Paso (Estados Unidos)

Abstract

The historical events that occurred in the early twentieth century in the Ciudad Juarez/El Paso area of the U.S.-Mexico border led to the initiation of industrial development and trade, but also increased illegal activities and the number of vicious people. This article considers how and why these activities gave rise to the promotion of legislation against the sale, manufacture, and transportation of alcohol in El Paso, and the creation of a tourism sector based on activities that were considered illegal on the American side in Ciudad Juarez. Promoted by the newspapers of El Paso, the Mexican city began to acquire a bad reputation. The case highlights the roots of Latin American dependency on the United States.

Keywords: alcohol prohibition, illegal activities in Juarez/El Paso, Anti-Saloon league, the 18th Amendment

Introducción

El vicio y la diversión como expresiones culturales no se dan por sí mismas, sino que requieren de escenarios económicos favorables para que se dinamicen e incentiven socialmente. Desde la perspectiva de escenarios económicos favorables que fueron posibles para la zona Ciudad Juárez-El Paso por el arribo del ferrocarril. El Paso se convirtió en una zona importante de negocios, por ser un punto de convergencia de líneas ferrocarrileras transcontinentales (González-Herrera, 2006, p. 99). Además, la Zona Libre de comercio estimuló brevemente el comercio de Ciudad Juárez (también llamada Paso del Norte) y se ubicó como una posibilidad para que la ciudad fronteriza se insertara en lo que se llamó el milagro económico porfirista, pues la forma libre de comercio tenía el propósito de introducir productos pagando impuestos más bajos que en el resto del país, sin embargo, impugnada por comerciantes estadounidenses, fue derogada por el gobierno de México en 1905 (García Pereyra, 2007, p. 66).

Aunque la Zona Libre no incentivó la economía de Ciudad Juárez, su propósito era compensar la asimetría entre México y Estados Unidos en la frontera norte, es interesante describir que en función de esta forma de libre comercio se urdió una campaña de desprestigio a través de la prensa escrita en inglés que promovieron comerciantes de El Paso (Ceballos-Ramírez, 2001). Ante la posibilidad de que la Zona Libre posibilitara al espacio fronterizo mexicano el enclave comercial de importancia para la frontera norte de México, los comerciantes de El Paso la percibieron como una

amenaza que ponía en riesgo su hegemonía comercial. La campaña, cuyo propósito fue desprestigiar la Zona Libre, consistió en representaciones e imágenes de peligro, contrabando y corrupción, por mencionar algunas, que influyeron en las creencias de la población de El Paso y del gobierno norteamericano a tal grado de considerar a la Zona Libre como una forma del “mal” además de “hostil” que iba en detrimento del desarrollo económico del espacio fronterizo norteamericano. Considero que a partir de esa campaña de desprestigio hacia la Zona Libre se construyen las primeras representaciones que la prensa escrita en inglés trasmite sobre Ciudad Juárez. Con la Zona Libre, como una de las condiciones económicas, pretendo enfatizar la participación de la prensa en la construcción de representaciones. Hay estudios económicos más amplios y concretos sobre la Zona Libre, pero el propósito es que esta condición económica favorable sirva de pretexto para estudiar las representaciones en la prensa. El arribo del ferrocarril a El Paso, también sirvió como medio de transporte de tahúres, viciosos y prostitutas; actores sociales que jugaron un papel determinante en el surgimiento de representaciones para que se percibiera como ciudades del vicio; primero a El Paso y luego a Ciudad Juárez, representación que la prensa destacó y transmitió a la población local, nacional e internacional (Martínez, 1982).

El impulso económico a través de los ferrocarriles y la Zona Libre

La expansión de los ferrocarriles a la zona Ciudad Juárez-El Paso a finales del siglo XIX incentivó la economía y logró comunicar a dos ciudades aisladas con el resto del continente; sin embargo, el desarrollo económico y social fue desigual, pues, cuando menos para Juárez, el costo social fue mucho mayor en relación con El Paso, Texas, pues aumentaron los asaltos a personas, se incentivó el tráfico de drogas y aumentó el número de prostitutas, por citar algunos ejemplos. La expansión de los ferrocarriles hacia una zona con potencial de desarrollo económico sería aprovechada por los dueños de capitales estadounidenses para dinamizar el transporte de recursos naturales, el comercio y la movilidad de obra barata que demandaba la agricultura, la industria y el sector de los servicios en El Paso.

Al mismo tiempo que arribó el ferrocarril en los años ochenta del siglo XIX a El Paso, un grupo de anglos que ejercían control en intereses comerciales, bancarios, abogados y aquellos de los dueños de salones de juego, cantinas y prostíbulos se hicieron de posiciones de poder locales que les fueron arrebatadas por grupos reformistas en la segunda década del siglo XX. Paradójicamente, el ferrocarril, símbolo de desarrollo y bienestar, serviría de transporte de tahúres, viciosos y prostitutas que contribuirían al incremento del número de cantinas y prostíbulos en El Paso, que ante la amenaza de ideas prohibicionistas provenientes de grupos reformistas y la promulgación de la enmienda XVIII que en 1920 en la Unión Americana prohibió la producción, venta y consumo de alcohol, se decidió paulatinamente exportar a Ciudad Juárez, sin importar las repercusiones sociales para su población y la construcción de una mala fama que aún pervive en el imaginario social (González-Herrera, 2006, pp. 203 y 211).

Aunque hasta el momento no se puede cuantificar la ganancia que generó la actividad del vicio, sí es posible pensar que para el grupo que la controló representó un negocio bastante remunerativo que no estaba dispuesto a dejar por causa de la prohibición del alcohol. Por tanto y ante la crisis económica que padecía Ciudad Juárez, aprovecharon la coyuntura para estimular el sector de los servicios e instalar una pujante y creciente industria del vicio que, al parecer, trastocó la moral y valores sociales de la población juarense.

En este sentido de desarrollo y progreso de una zona que carecía de importancia para los gobiernos norteamericano y mexicano, que por acción de los ferrocarriles transitó del aislamiento a un relativo papel dentro del engranaje del comercio continental, podría plantearse la máxima de que todo progreso trae un determinado costo que repercute en las distintas esferas sociales. Desde esta

perspectiva, cuando menos para el caso de la zona Ciudad Juárez-El Paso, parece que así fue, pues el comportamiento y la vida cotidiana se modificaron.

El arribo del Ferrocarril Central Mexicano (FCM) a Paso del Norte en 1884 y la aprobación de la Zona Libre en 1882, pero puesta en marcha hasta 1885, contribuyeron al desarrollo de la minería, la ganadería, el comercio y a la transacción internacional de mercancías entre México y Estados Unidos. El ferrocarril permitió que la región quedara unida (Martínez, 1982, p. 39) al centro y norte de México y formó un amplio corredor geográfico que incluía Aguascalientes, Zacatecas, Ciudad Lerdo, Torreón y Chihuahua. La aduana fronteriza local se colocó como el principal puerto de mercancías al estado de Chihuahua y la segunda aduana fronteriza de México en cuanto al volumen de mercancías, quedando sólo detrás de la de Nuevo Laredo (González de la Vara, 2002, p.111).

El crecimiento que registró la economía paseña y, en consecuencia, el número de habitantes, motivó a que hombres de negocios vieran en el turismo otra forma de empresa en la frontera. Para 1881 se destinaron 50 mil dólares a la construcción de hoteles y casas para los visitantes que el ferrocarril podría traer a la región. Esa nueva etapa de prosperidad pronto se reflejó en el centro de la ciudad, pues se instalaron numerosas casas de juego, teatros y cantinas. Los ferrocarriles trajeron todo tipo de personas, entre comerciantes americanos, mineros, hombres de negocios y jugadores. La llegada de miles de personas se debió principalmente a la promoción de El Paso como una región con potencial económico importante. La composición racial de esa ciudad era diversa, era patente el predominio de angloamericanos sobre las demás razas, tan es así que el censo de 1890 registró 8013 americanos, seguido por los mexicanos con 2115, mientras que los de raza negra sólo eran 680 y muy abajo los chinos con 312 para dar un total de 11120 habitantes (El Paso Daily Times, 1 de enero de 1890). Años más tarde, la presencia de mexicanos iría en aumento, de tal manera que El Paso se beneficiaría de la migración, principalmente de mano de obra barata que provenía de México. Esta mano de obra barata, que se canalizó a la industria, servicios y agricultura, influyó para que la economía de El Paso registrara un crecimiento inusitado que se detuvo en la tercera década del siglo XX por causa de la depresión económica de los Estados Unidos. La migración hacia El Paso fue tal que el censo de 1890 registró un crecimiento de la población en un 1400% en un lapso de diez años, lo que colocaba a la ciudad como un polo de atracción al que arribaron miles de personas busca de mejores niveles de vida (El Paso Times, 7 de octubre de 1890).

El auge inusitado de fuentes de empleo impuso largas y agotadoras jornadas de trabajo que arriesgaban la productividad del individuo, de tal manera que para subsanar el estrés y agotamiento físico de los trabajadores se buscaron mecanismos de compensación que permitieran al individuo dedicar parte de su tiempo libre a otras actividades recreativas con la finalidad de reponerse del cansancio y del desgaste mental. Para ello, al tiempo que se abrían nuevas fuentes de empleo, también se abrían nuevos lugares de diversión: cantinas y prostíbulos que para reformistas y moralistas no eran decentes y contribuían a que los trabajadores fueran despojados de su dinero y ponían en riesgo los principios fundamentales del protestantismo norteamericano, pero estos lugares generaban considerables ganancias entre sus actores que promovían un ciclo de consumismo, entre la mano de obra que lo formaba, por ejemplo, las mujeres que se dedicaban a la prostitución parte de sus ganancias era destinada a la compra de insumos alimenticios para el sostenimiento de familias y educación de sus hijos.

A pesar de la llegada del ferrocarril a Ciudad Juárez (Paso del Norte) se carecía de inversiones que permitieran el mismo desarrollo económico y social que experimentaba El Paso. El desarrollo que sostenía El Paso (la introducción de servicios públicos como alumbrado, electrificación, drenaje, tranvías eléctricos, etcétera) reflejaba mejores niveles de vida de su población y la configuración de la ciudad como centro urbano de suma importancia para la región, hizo que comerciantes y ricos terratenientes de Paso del Norte plantearan nuevas formas de desarrollo que incentivarán la

economía local y mejoraran los niveles de vida de la población, integrada principalmente por migrantes que vivían en casas de adobe, calles sin pavimentar, escasos servicios públicos y fuentes de empleo. Por el deprimente panorama urbano, aunado al olvido que padecían por parte de los gobiernos estatal y federal, los comerciantes y terratenientes solicitaron al gobierno del estado de Chihuahua que la Zona Libre, que gozaba el estado de Tamaulipas, se extendiera a su región como solución a sus problemas económicos y las diferencias en los niveles de vida que los habitantes del espacio fronterizo mexicano vivían con los habitantes de El Paso. Los argumentos con los que validaron su petición fueron la poca oportunidad de empleo, el alto costo de la vida y un comercio incipiente que no lograba competir con su contraparte del otro lado del río (Chávez, 1959, pp. 40-41). Aunado al temor que existía por parte del gobierno de Porfirio Díaz en el sentido de que, la actitud expansionista de los norteamericanos se volviera a repetir, el 24 de enero de 1885 aprobó el libre comercio de mercancías a lo largo de toda la frontera y a una distancia de 20 kilómetros de la línea o frontera política.

Sin embargo, la extensión de la Zona Libre a toda la frontera norte de México en 1885 fue considerada por Estados Unidos como una medida comercial hostil. Desde su creación fue impugnada por estadounidenses que buscaban que el gobierno mexicano la aboliera por la situación desventajosa en que colocaba a los comerciantes norteamericanos frente al contrabando de mercancías europeas (Chávez, 1959, p. 132). En el ámbito local –en el Paso del Norte-El Paso–, la Zona Libre no fue bien recibida de lado norteamericano porque existía una intención deliberada de parte de sectores políticos y económicos tejanos, principalmente de El Paso, por controlar el comercio fronterizo. Pese la oposición de comerciantes de El Paso que mantenían cautivo al consumidor de ambos lados de la frontera, los efectos de la Zona Libre se dejaron sentir en la frontera norte de México, en donde, las poblaciones fronterizas mexicanas pasaron de ser villorrios a fisonomía de ciudades, con posibilidades de desarrollar actividades industriales o agrícolas de mayor envergadura (Herrera-Pérez, 2001, pp. 200-202).

La bonanza comercial generada por la Zona Libre favoreció a Paso del Norte en los siguientes rubros: el volumen de su comercio se triplicó en un lapso de dos años; de 1885 a 1887 la población aumentó, así como el establecimiento de comercios pues los productos resultaban más baratos que en Estados Unidos; se estimuló la construcción de nuevos edificios y se introdujeron servicios públicos como alumbrado, electrificación, drenaje, agua potable, pavimentación de calles y tranvías eléctricos (González de la vara, 2002, pp. 114-116).

La apuesta por la Zona Libre que sectores sociales de Paso del Norte hicieron como motor de desarrollo económico, hizo que se olvidaran de otros como el de la agricultura, que tradicionalmente satisfacía los insumos alimenticios que la población requería y cuyo excedente se exportaba hacia Estados Unidos. El libre comercio que generó la Zona Libre sólo fue en beneficio de ricos comerciantes locales y del Paso que no tuvieron en mente invertir en actividades industriales que dieran solidez a la economía local, pues sólo se aprovecharon los dividendos que les generó el comercio para, posteriormente, invertirlo en El Paso que despuntaba con potencial económico en comparación con su contraparte mexicana. El arribo de mercancías de otros países que estimularon el comercio de lado mexicano fue corto, pues la Zona Libre comenzó a decrecer a partir de 1891 por la aplicación de aranceles más altos a productos de procedencia extranjera hasta su definitiva derogación en 1905. Aunada a la devaluación mundial de la plata, la actividad agrícola del Valle de Juárez disminuyó drásticamente al producirse una grave escasez de agua, consecuencia de la retención de agua del río Bravo por granjeros de Colorado y Nuevo México.

Tales circunstancias económicas provocaron que los indicios de crecimiento se esfumaran, lo que provocó desaliento entre los comerciantes locales, quienes revelaron que autoridades de los tres niveles y sectores productivos de la localidad carecían de un plan de contingencia para estimular la

economía de Ciudad Juárez. Una vez más quedó de manifiesto que no existía entre la clase pudiente local una cultura de inversión que permitiera un crecimiento sostenido que repercutiera en los niveles de vida de la población. Para los ricos comerciantes y sus familias, cuya vida cotidiana transitaba entre las dos ciudades (sus hijos asistían a las mejores escuelas de El Paso e incluso poseían propiedades), la crisis no existía o era muy diferente a la del resto de la población. El primero de los efectos de la crisis fue la migración de campesinos mexicanos a Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida. La poca circulación de dinero, desempleo, transferencia de comercios hacia El Paso, desabasto de productos y la disminución de la población en casi un 50% impactó drásticamente la economía local (Flores-Simental, R., Gutiérrez-Roa, E., y Vázquez-Reyes, Ó., 1998, p. 28).

Ricos comerciantes de origen judío y alemán aprovecharon la bonanza comercial de la Zona Libre en Paso del Norte. Posteriormente, por el paulatino incremento de aranceles en diversos productos que hacían incosteable su actividad, migraron con sus negocios comerciales hacia El Paso sin importarles si la población estaba sumida en una profunda crisis económica y, tal vez, así nació una forma de comportamiento de los capitales extranjeros que ante problemas económicos migran hacia otros lugares que les permitan seguir operando para obtener lucrativas ganancias. De esta forma, Paso del Norte (después Ciudad Juárez) experimentaba en carne propia la forma de acción del capitalismo moderno norteamericano.

La crisis que vivió Ciudad Juárez a finales del siglo XIX y principios del XX benefició la economía del otro lado del río, pues el crecimiento de la población de El Paso estuvo en función de la migración de mexicanos hacia esa ciudad, de esta manera, se apropió de mano de obra barata, misma que jugó un papel de suma importancia en la consolidación de la economía paseña y del suroeste norteamericano (Martínez, 1982, p. 53; Castellanos-Guerrero, 1981, p. 96). La crisis que experimentaba Ciudad Juárez fue una coyuntura económica aprovechable por sectores productivos de El Paso para incentivar el turismo, que sería bien aprovechado por la influyente Cámara de Comercio que desde El Paso promocionaba actividades turísticas hacia Ciudad Juárez con fines de atraer inversionistas a la región. En este sentido, el turismo vendría a amortiguar los efectos de la severa crisis.

La apuesta al turismo para el desarrollo económico

Al iniciar el siglo XX, la crisis económica en Ciudad Juárez era insostenible. Se quería aprovechar la promoción turística a través de folletos impresos que desde El Paso se hacían para Ciudad Juárez. Los folletos incluían como principales atractivos diversiones públicas entre las que destacaban las corridas de toros –prohibidas en territorio norteamericano–, el hipódromo y la vida nocturna en cabarés, cantinas y salones de baile en las avenidas más concurridas de Ciudad Juárez. Mientras que viejas construcciones de adobe, entre las que destacaban la iglesia de Guadalupe, eran objeto del atractivo de una ciudad que tenía como cárcel una antigua edificación de piedra y adobe y el monumento a Benito Juárez construido con mármol de Carrara, Italia. En esa dirección se dio cabida a un gran número de diversiones públicas que vendrían a disminuir los efectos de la aguda crisis económica, que para el historiador Óscar J. Martínez: “en adelante, las diversiones predominaron en la vida de la ciudad. Así se inició la época del escándalo” (Martínez, 1982, p. 54). La época del escándalo que a la que se refiere Óscar J. Martínez se inicia en 1900 cuando Ciudad Juárez y El Paso eran señaladas como lugares sin límites, comparables únicamente con Nueva Orleans y San Francisco. La popularidad que gozaban ambas ciudades se debía al considerable número de diversiones públicas que otorgaban distracción, esparcimiento y llenaban necesidades de consumo de alcohol y de satisfacción sexual con mujeres consideradas de mala reputación por dedicarse a la prostitución que la moral impuesta reprobaba, porque atentaba contra los principios de monogamia de los escritos bíblicos. Asimismo, el consumo de alcohol era causa de la pérdida del

buen comportamiento que establecía la moral de la época, pues el individuo bajo los influjos perversos del alcohol podía cometer actos inmorales como el desnudarse en la vía pública, tornarse violento e incluso atentar contra la integridad de las demás personas. Por otra parte, el consumo de bebidas embriagantes era símbolo de atraso y pobreza de familias. Bajo esta lógica, impuesta por sectores sociales cuya opinión e influencia entre la sociedad eran evidentes, las dos ciudades fronterizas eran acusadas de albergar en sus respectivos centros un buen número de cantinas, casas de juego de azar, salones de baile, cabarés y prostíbulos, que protestantes y puritanos reprobaban socialmente.

La presión que ejercían sectores reformistas, puritanos y protestantes en El Paso, aunado a su posicionamiento en la política local que se tradujo en la adquisición de poder, pronto se reflejó con la implementación de una campaña moralizadora, cuyo objetivo tendía a expulsar de la ciudad diversiones que consideraban corruptas para los individuos, haciéndolos menos productivos en una sociedad que ponderaba la dedicación al trabajo como medio para alcanzar mejores niveles de vida y una sociedad mejor educada. Cuando las presiones pasaron del discurso a la práctica, paulatinamente se cerraron esos lugares, reprobados socialmente. Los propietarios no estuvieron convencidos de deshacerse de esos lucrativos negocios y los mudaron hacia Ciudad Juárez: “Así, la ciudad de El Paso pudo limpiar su imagen a costa de la imagen de su ciudad vecina con la aceptación de los juarenses” (Martínez, 1982).

La introducción del automóvil facilitó el transporte de campesinos hacia centros urbanos donde podían adquirir insumos pero también buscar formas de diversión que no poseían en sus lugares de origen. En este sentido, el vehículo automotriz proporcionó el acceso a formas de vida de la ciudad, diferentes de las que comúnmente estaban acostumbrados hombres del medio rural. Posiblemente el contacto social que tuvieron en las grandes ciudades influyó en la manera de ver los principios del protestantismo como restrictivos de otras formas de distracción y esparcimiento.

La relativa cercanía con Ciudad Juárez delimitada con El Paso por el río Bravo, símbolo de los límites fronterizos entre ambos países cuyas aguas suministraban vida a la precaria agricultura de El Valle de Juárez, fue estrechándose gracias al tránsito, por los puentes internacionales, de las diversiones malsanas que corrompían la sociedad de El Paso, según la observación de los sectores reformistas y puritanos. La escasa infraestructura pública de Ciudad Juárez consistía en molinos de harina, sucursales bancarias, telégrafo, alumbrado de gas, línea interna telefónica y algunos edificios que, para principios de siglo, le otorgaban el carácter de ciudad urbana (Chávez, 1959, p. 7). La mayoría de estos servicios se concentraban en la zona centro, mientras que los alrededores todavía se catalogaban como pueblos oscuros donde la modernidad se negaba a llegar.

Pese a que las condiciones urbanas ni siquiera se asemejaban en lo mínimo a las que había en El Paso, algunos propietarios de centros de diversiones expulsados, instalaron sus negocios en una ciudad donde el gobierno se ejercía a través de un jefe político y un presidente municipal, funcionarios que no gozaban de buena fama pues regularmente se les acusaba de corruptos en la prensa escrita. La infraestructura de diversión que se instaló en Ciudad Juárez aminoró los efectos negativos de la crisis por la que atravesaba la economía local, carente de inversión que estimulara la productividad y generara los empleos que la población demandaba.

A la crisis económica se sumaba el problema de la migración de mexicanos repelidos por funcionarios de la aduana de El Paso. El año de 1907 fue fatídico, pues trajo acontecimientos que vendrían a repercutir en la endeble economía de Ciudad Juárez. Uno sobresaliente ocurrió cuando los funcionarios de la aduana de El Paso negaron la entrada a un grupo numeroso de migrantes mexicanos porque la mano de obra requerida al otro lado del río estaba cubierta; es decir, la oferta y demanda de trabajadores mexicanos estaba en función de las necesidades de los sectores productivos estadounidenses. La política migratoria impuesta por las autoridades norteamericanas

ponía de manifiesto un ciclo laboral perverso que hacía más evidentes las diferencias entre los dos países. Por un lado, Estados Unidos destacaba en el plano internacional por el desarrollo económico sostenido que lo encaminaba como una potencia, mientras que en México no se lograba el desarrollo económico deseado y se ubicaba entre los países pobres cuya riqueza oscilaba en la abundante mano de obra que aprovechaban los estadounidenses para beneficio.

Por lo que, Ciudad Juárez tuvo que albergar a miles de mexicanos que, varados en la frontera, demandaban de servicios públicos, oferta de empleo, casa, cobija y sustento. Con la esperanza de que los anglos abrieran la frontera en el corto plazo, el grupo de mexicanos decidió esperar en Ciudad Juárez confiados en la benevolencia de los anglos para que ofrecieran de nueva cuenta el empleo que tanto necesitaban. Ante la situación, el gobierno mexicano hizo arreglos para que les dieran empleo a 200 trabajadores en el ferrocarril de Chihuahua, pero ellos no aceptaron el salario de 1.50 pesos al día (Chávez, 1959, p. 57). La expectativa de los mexicanos varados en Ciudad Juárez era el de emplearse en territorio norteamericano donde iban a recibir salarios mayores a 1.50 pesos al día que les ofrecían por trabajar en los ferrocarriles.

La situación se normalizó hasta septiembre de 1907, cuando se permitió que más de mil personas provenientes de los estados de Michoacán, Jalisco y otras entidades entraran a trabajar a territorio estadounidense (Ochoa y Uribe, 1990, p. 103). Ciudad Juárez se ubicó como puerta de entrada a Estados Unidos para miles de migrantes, quienes al llegar a la ciudad pedían comida y techo, el entorno de Ciudad Juárez se complicó más por las corrientes migratorias que afectaron los recursos locales. En 1910, trabajadores mexicanos quedaron varados nuevamente, hecho que llamó la atención del cónsul mexicano en El Paso porque observó que la ciudad no tenía capacidad para encargarse de los migrantes (Martínez, 1982, p. 58-59). La migración de mexicanos rumbo a la frontera norte significó un beneficio para la ciudad de El Paso por el arribo de mano de obra barata contratada en diversos sectores de la economía (García, 1981, p. 40).

La Revolución Mexicana de 1910 motivo que arribaran miles de migrantes que huían del conflicto armado y de la proeza, con el objetivo de cruzar la frontera para internarse en El Paso y hacia otros lugares de Estados Unidos. Este éxodo de mexicanos hacia la frontera resultó en una pequeña mejoría de la economía de Ciudad Juárez porque se convirtió en paso de pertrechos militares que demandaron servicios (Flores-Simental, y otros, 1998, pp. 46-47). La migración de miles de mexicanos, en su mayoría pobres, motivó que la población de Ciudad Juárez aumentara considerablemente, pues de 10 mil 621 habitantes registrados en 1910, para 1920 se incrementó a 19 mil 457; es decir, un aumento gradual de casi 2 mil personas por año (González de la vara, 2002, p. 133).

A pesar de la leve recuperación de la economía de Ciudad Juárez por el paso de suministros militares y la afluencia de turistas norteamericanos, los negocios de El Paso fueron los que más se beneficiaron, pues durante el corto periodo de 1914 a 1915 fueron las tropas villistas las que controlaron la frontera, y todas las compras de pertrechos y comestibles las hicieron de lado estadounidense, asistían a los hoteles y a los restaurantes de El Paso. Ciudad Juárez recibió el beneficio en el sector de los servicios, mientras que las compras de los villistas en El Paso incentivaron los tres sectores de la economía, por tanto, la derrama económica se reflejó más que su contraparte del espacio fronterizo mexicano.

Algunos mexicanos ricos que huyeron de la Revolución se instalaron en exclusivos sectores urbanos de la ciudad y, al mismo tiempo, ahorraron e invirtieron su dinero en negocios e instituciones financieras, lo que contribuyó a la consolidación y crecimiento de la economía (Martínez, 1982, p. 72). El eje que sostenía parte de la economía juarensis, era la oferta de la diversión a través de sus cabarés, cantinas, casas de juego y la zona de tolerancia, lugares de entretenimiento que turistas norteamericanos visitaban con regularidad. Las diversiones públicas se

convirtieron en negocios redituables en tiempos difíciles, pues generaron empleo e impuestos para la población y el Municipio, respectivamente. La coyuntura económica que representaban las diversiones, muchas de ellas proscritas en El Paso, resultó una oportunidad de negocio para los ricos y no tan ricos de Ciudad Juárez, quienes poseían el capital suficiente para invertir en cantinas, cabarés, salones de baile, una plaza de toros y un hipódromo que, en conjunto, representaban la oferta en diversión que la ciudad ofrecía no sólo a los turistas norteamericanos sino también a los migrantes mexicanos. Durante esta “época de balas”, las diversiones malsanas no tuvieron mala fama, la inmoralidad de que eran acusadas pasó a segundo término pues, paradójicamente, daban sustento a los habitantes de una ciudad asolada por revolucionarios y federales.

A pesar de que disminuía la agricultura de Ciudad Juárez, su diversidad de cultivos como resultado de la escasez de agua por sequías continuas y la contención del agua del río Bravo por los anglos, se cultivaban granos y se producían algunos alimentos para el autoconsumo. El suministro de alimentos básicos para la población juarense y los comercios establecidos en el centro de El Paso significaron la principal fuente de abasto. Cuando se terminó en 1916 la presa Elephant Butte trajo beneficios en cuanto a suministro de agua para la región agrícola de El Paso-Ciudad Juárez. La seguridad de contar con abastecimiento de agua ofreció a los agricultores de Ciudad Juárez la posibilidad de aumentar la producción de alimentos a gran escala.

A pesar de la dependencia de Juárez con respecto de El Paso, la población juarense tuvo la oportunidad de comprar alimentos a unos cuantos pasos del límite internacional, mientras que para otras poblaciones al sur de la frontera mexicana la situación era distinta por la escasez de alimentos. Cálculos conservadores estiman que los juarenses gastaban miles de dólares en compra de insumos alimenticios de primera necesidad como manteca, frijol y arroz, entre otros. Esa dependencia de Ciudad Juárez respecto de El Paso contradecía los argumentos de funcionarios del gobierno paseño en el sentido de que sus habitantes dejaban grandes cantidades de dólares en casas de juego, cantinas y prostíbulos de Ciudad Juárez. En este sentido, la economía fronteriza reflejó un efecto bumerang; es decir, los capitales tenían movilidad de un lado hacia otro, con mejores resultados para El Paso, pues ricos exiliados mexicanos depositaron parte de su fortuna en bancos norteamericanos.

De 1910 a 1920 la economía de Ciudad Juárez presentaría indicios leves de recuperación por la subsistencia de las diversiones públicas, la migración y el establecimiento de nuevos comercios, sin embargo, la situación parecería mejorarse a partir de 1920 con el arribo de una segunda oleada de diversiones públicas expulsadas de El Paso como resultado de la imposición de la Ley Volstead, la que simbolizaba un triunfo para los prohibicionistas y reformistas norteamericanos que pugnaban por la búsqueda de una sociedad ideal libre de vicios y corrupción. El tipo de economía de diversión, que oscilaba entre la formalidad y la informalidad, vendrían a proporcionar un respiro económico para la ciudad.

De 1900 a 1920 la población de Ciudad Juárez se triplicó (Archivo Histórico de Ciudad Juárez (AHCJ), 10 de diciembre de 1921). Una de las causas del aumento –aun cuando la migración hacia el otro lado de la frontera era una realidad–, fue la oportunidad de empleo ofrecida por la llegada de nuevas diversiones, que generaron espacios de trabajo para mexicanos y extranjeros. Sin embargo, los extranjeros que instalaron esas diversiones en El Paso, generarían otros conflictos, pues impusieron formas laborales intolerantes para los mexicanos, las cuales fueron denunciadas ante las autoridades pero fueron desatendidas, lo que motivó la formación de asociaciones gremiales de ciudadanos nacionales para demandar lo que por derecho estipulaban y les otorgaban las leyes mexicanas.

Ideas prohibicionistas y exportación del vicio de El Paso a Ciudad Juárez

Las ideas prohibicionistas que experimentó la sociedad norteamericana desde finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, incentivaron a propietarios de cantinas, juegos de azar y prostíbulos de El Paso a trasladarlos a la frontera norte mexicana, luego de que estas diversiones fueron reprobadas socialmente por atentar contra la moral pública y contribuir al incremento de delitos. Bajo esos argumentos fueron prohibidas en territorio norteamericano. El sistema valorativo tradicional de la sociedad norteamericana tenía como uno de sus pilares la ética protestante y el temperamento puritano, códigos que exaltaban el trabajo, la sobriedad, la frugalidad, el freno sexual y una actitud prohibitiva hacia la vida. Los puritanos señalaron que la sociedad de la época era corrupta, y se debía volver a la simplicidad primitiva de la iglesia original, que derivaba su voluntad directamente de Dios, no de instituciones hechas por el hombre (Bell, 1982). La oleada prohibicionista originada en grupos religiosos, moralistas, reformadores y progresistas, dio pie a la formación de agrupaciones sociales cuyo objetivo estaba encaminado a combatir el consumo de alcohol y drogas, que por años combatían desde diferentes trincheras: desde el control político local hasta algunos periódicos como El Paso Herald.

En 1914 llegó a El Paso un grupo de personas que se denominaban “Escuadrón de Aviadores de América”, que apoyaba la prohibición de alcohol en Estados Unidos. El Paso Herald calificó al grupo como la “primera tropa” que llegaba a la ciudad por invitación de la “Primera Iglesia Cristiana” con el objetivo de concienciar y buscar apoyo de la población a favor de la prohibición. El grupo se subdividió en tres grupos que sostendrían pláticas con la gente por la tarde y la noche. Uno de los grupos estaría encabezado por el gobernador de Texas, Frank S. Hanley, quien estaba a favor de la prohibición del alcohol (El Paso Herald, 7 de octubre de 1914). Durante 1869 en Estados Unidos se constituyó el Partido Prohibicionista cuyo objetivo será promover la templanza y el decoro cristiano. En 1895 se creó la Liga Contra los Bares cuya finalidad era mantener a la sociedad estadounidense limpia de ebriedad, juego y fornicación.

Daniel Bell (1982) apunta que la prohibición fue algo más que una cuestión relacionada con el alcohol, fue también un problema de carácter y un momento de cambio en el modo de vida. La Ley Harrison fue creada en 1914 con la finalidad de prohibir el consumo de opio, morfina, heroína y cocaína sin receta médica. Con la promulgación de esta ley se trató de contener el incremento en los índices de consumo de drogas en Estados Unidos y sancionar a las personas que las traficaban ilegalmente. Las ideas prohibicionistas que se extendieron por todo Estados Unidos y El Paso no fueron la excepción, pues muchos de los propietarios de esos lugares, al verse amenazados de clausura, transfirieron sus operaciones a Ciudad Juárez (Martínez, 1982, p. 51), que para principios de la década de 1900 operaban en la ciudad un palenque de gallos, una plaza de toros, funciones de boxeo, casinos, un hipódromo, cantinas y prostíbulos (Delgadillo y Limongi, 2000, p. 73). Algunos testimonios indican que los norteamericanos hicieron inversiones considerables para la existencia de estos lugares de diversión (Estrada, 1975, p. 16).

Las diversiones públicas abiertas en Ciudad Juárez encaminaron su economía hacia el turismo, pero, al mismo tiempo, se acentuó aún más la dependencia respecto de El Paso. El bienestar económico iba en función de la incierta corriente de visitantes norteamericanos y de la promoción turística que la Cámara de Comercio y hombres de negocios de El Paso hacían de Ciudad Juárez.

Las ideas prohibicionistas que prevalecían en Estados Unidos a fines del siglo XIX fueron una conjunción de sentimientos protestantes, nacionalistas, progresistas, populistas y antialcohólicos que presionaron en varios estados de la Unión a favor de la implementación de una ley de tipo prohibicionista (Martínez, 1982, pp. 51), que vieron hecha realidad en 1918 en Texas y hasta 1920 en toda la Unión Americana, cuando el Congreso de Estados Unidos aprobó la enmienda XVIII que

prohibió la producción, venta y consumo de alcohol en todo el país (El Paso Herald, 27 de julio de 1916).

En 1918, El Paso Herald mostró su beneplácito a través de su editorial y vaticinó que una vida sobria sería alejada de la oscuridad de ahora en adelante, pues a partir del 15 de abril entraría en vigor la prohibición del alcohol en Texas, ya que las legislaciones de El Paso, San Antonio, Dallas, Ft. Worth, Houston y Waco, habían decidido por la prohibición del alcohol. El periódico calificó de “buena” la medida en beneficio de todos los ciudadanos (El Paso Herald, 15 de marzo de 1918). Así, el periódico ratificaba su postura contra el vicio y se mostraba solidario con grupos reformistas y protestantes. Meses antes de que entrara en vigencia la prohibición del alcohol en el estado de Texas, la mayoría de la población de El Paso se manifestó en contra con 2 mil 397 votos (El Paso Times, 31 de enero de 1918). No obstante, con la votación de otros condados, se decidió por la prohibición.

A pocos años de que la prohibición del alcohol fuera efectiva en territorio norteamericano, en 1917, el directorio comercial de la ciudad de El Paso, Texas, registró un total de 168 negocios ligados a la venta de alcohol bajo el nombre de “saloons” (Directorio de la ciudad de El Paso, Texas, 1917. p. 814-815. Colecciones especiales de la Biblioteca de la Universidad de Texas en El Paso. La palabra Saloons traducida al español es Bar y en México se le conoce como cantina). Cantinas, restaurantes, hoteles, cafés, servicio de bebidas al automóvil, y otros, vendían alcohol a sus clientes. El 37.5 por ciento de esos negocios estuvieron instalados en tres calles de la ciudad de El Paso: Stanton, El Paso y San Antonio. La calle El Paso albergó el 16.6 por ciento, mientras que la Stanton el 10.7 por ciento, y la San Antonio un 10.1 por ciento. Tanto los nombres de personas como de negocios en español, representaron el 20.4 por ciento del total, aproximadamente. El resto tenía nombres en inglés. Estos porcentajes sugieren que el número de inversionistas de origen mexicano era relativamente pequeño en comparación con los de la localidad (Directorio de la ciudad de El Paso, Texas, 1918. p. 875-876). El directorio comercial de El Paso promocionaba sólo una cantina que estaba al otro lado del río por la avenida Juárez: El Big Kid. Posiblemente, su propietario H. N. Shippley tenía inversiones tanto de un lado como del otro y le interesaba promocionarlo del lado americano, pues la distancia entre un centro y otro no era extensa. La interacción entre Ciudad Juárez y El Paso no se limitaba únicamente a la humana, había una posición flexible por parte de la autoridad mexicana de permitir también la movilidad de capitales. Sin duda, esta situación permitió que la inversión de norteamericanos, algunas veces asociados con mexicanos, diera origen a un complejo sistema de diversiones públicas que generó empleo, circulación de dinero, impuestos, pero también una forma de diversión y distracción que no acababa por encajar en una sociedad cuyo sistema valorativo estaba fincado en principios emanados del catolicismo. Esa nueva forma de diversión atentaba contra los valores morales que prevalecían en la época, o también puede leerse que la sociedad mexicana, en este caso, la de Ciudad Juárez, empezaba a ver con recelo valores impuestos por sectores conservadores como la iglesia Católica, de igual manera como sucedía con la norteamericana que se oponía a los valores y principios emanados del protestantismo, para así dar paso al modernismo y a una fase de alto consumo.

Las calles El Paso y Stanton se comunicaban directamente con la avenida Juárez y la calle Lerdo de Ciudad Juárez a través de los dos puentes internacionales. Por tanto, los clientes mexicanos y los norteamericanos que quisieran consumir alcohol en la vecina ciudad, únicamente tendrían que cruzar el puente a pie, en automóvil o en tranvía. La distancia que tenían que recorrer era de unos cuantos metros. El grueso de los negocios estuvo ubicado estratégicamente en el centro de ambas ciudades, sólo separados por el río Bravo. Las principales calles de Ciudad Juárez contaban con servicios públicos indispensables como suministro de agua, pavimento, luz eléctrica, que respondían a las necesidades de cantinas, restaurantes y cabarés, además de la presencia de un sistema de tranvías y de taxis que facilitaban el transporte de un lado a otro. A esta infraestructura

instalada apostaron los inversionistas norteamericanos y no al simple hecho de trasladar sus negocios de El Paso a Ciudad Juárez.

Calles cortas, la de El Paso, Stanton y sus homólogas la Juárez y la Lerdo, principal ruta del tranvía, divididas por los puentes, significaron el centro de la diversión de la frontera en una época de marcados contrastes culturales, económicos, ideológicos y políticos entre dos países con un pasado histórico marcado por recientes guerras civiles.

Para 1918, el directorio de la ciudad de El Paso registró 156 negocios donde se vendía alcohol, doce menos que el año anterior. En 1919, el directorio no registró negocios ligados a bebidas embriagantes, pues a finales de 1918, el estado de Texas fue de los primeros de la Unión Americana en prohibir la producción, venta y consumo de alcohol. Proprietarios de las cantinas cerradas en El Paso –como resultado de la prohibición de alcohol– cruzaron la delgada línea fronteriza para instalarlas en Ciudad Juárez. Documentos del municipio muestran que para 1927 entre cantinas y expendios de licor sumaban la cantidad de 126 negocios (Archivo Histórico de Ciudad Juárez, 11 de mayo de 1927).

Tráfico de licor

Una segunda expansión de mayor proporción a la generada por las diversiones públicas de Ciudad Juárez, surge a raíz de la aprobación, en 1920, de la enmienda XVIII por parte del Congreso de Estados Unidos, que prohibió la producción, venta y consumo de alcohol en todo el país. Los 15 años de vigencia de la prohibición del alcohol en Estados Unidos, traerían importantes cambios en la esfera económica y social de la región, pues durante los años de la Prohibición (1918-1933), El Paso y Ciudad Juárez experimentaron una intensa interacción humana y económica estimulada por la expansión del turismo.

La prohibición del alcohol al otro lado de la frontera motivó que miles de visitantes llegaran a Ciudad Juárez en busca de licor y de otros placeres que provenían de otras diversiones, como los prostíbulos y las casas de juego de azar. La llegada de visitantes norteamericanos, nuevamente, impactó la economía, pues con ellos también arribaron cantidades considerables de dinero, pero también llegaron formas de vida y comportamientos que no compaginaban con la de los mexicanos. Los norteamericanos experimentaban el endurecimiento en sus leyes para lograr un control social, y el espacio fronterizo mexicano representó el lugar para transgredir leyes, valores sociales y morales, por tanto, las ciudades fronterizas eran los espacios para desfogarse y olvidarse por algunos momentos de un sistema legal que les impuso restricciones, como beber alcohol.

No obstante, parte del total de los ingresos provenientes del turismo regresaron a su lugar de origen “debido a la fuerte dependencia por parte de los juarenses hacia tiendas de El Paso para sus necesidades diarias” (Martínez, 1982, p. 223). Aunque este tipo de dependencia se observó años después de que la Zona Libre dejó de funcionar y El Paso superó comercialmente a Ciudad Juárez.

Donde más se reflejó el efecto de la prohibición del licor fue en la generación de empleos en Ciudad Juárez por la apertura de nuevos centros de diversión que emplearon a cientos de personas como cantineros, meseros, chóferes, músicos, mozos de limpieza, veladores, etcétera; lo cual no significó que por efecto del empleo aumentara la población, pues parte de ella seguía emigrando hacia El Paso donde se contrataba en lavanderías, servicio doméstico, industria y agricultura o, en su caso, partía hacia otros estados del suroeste norteamericano, principalmente a California, donde las percepciones salariales eran mucho mejores que en sus lugares de origen.

Este segundo auge de las diversiones, se estima, fue transitorio, pues al derogarse la enmienda XVIII, en 1933, una cantidad considerable de los negocios ligados a la diversión y alcohol

regresaron a su lugar de origen. A partir de este breve periodo histórico comenzaron a acuñarse diversos calificativos respecto de Ciudad Juárez y Tijuana que darían origen al mito de la leyenda negra de la frontera mexicana.

El lucrativo negocio de las cantinas en Ciudad Juárez no sólo promovió la adquisición, compra y transporte de bebidas embriagantes de estados productores de México –como Jalisco, por el tequila; Zacatecas y Oaxaca, por el mezcal; inclusive pulque que se producía al interior y en estados del altiplano central o aguardiente que provenía de los grandes productores de caña; también llegó whisky de Estados Unidos. Por supuesto, la cerveza se produjo por grandes cantidades durante el auge de las cantinas. Así como salió licor de contrabando, de la misma forma llegó de otras partes de la Unión Americana.

Se estima que a partir de la prohibición, llegó a Ciudad Juárez licor de todos los puntos productores de Estados Unidos. Víctor Warrens, distribuidor mayorista de alcohol de Yreka, California, trasladó a Juárez más de cien barriles de whisky, cuyo valor estimado fue de más de cien mil dólares. La población en El Paso, para 1920, como ya se mencionó, llegó a cien mil personas, aunado a los que provenían de otros estados de la Unión, de todos ellos, un buen porcentaje del total, gustó de las diversiones y del licor, por lo tanto se miró a Ciudad Juárez como un prominente negocio de incalculable ganancia y un lugar de interminable diversión.

Según muestra la tesis de Edward Lonnie Langston, para 1919, vía El Paso, fueron transportados por camiones y vagones 448 barriles y 7 mil 218 botellas de whisky a Ciudad Juárez (Lonnie-Langston, 1974, pp. 223-224). Si tal cantidad de bebidas embriagantes llegaron a Ciudad Juárez cabe preguntar: la importación de la bebida, ¿pagó el impuesto correspondiente?, ¿pasó por la garita aduanal?, ¿quién o quiénes eran el/los destinatario/s? De los miles de litros de alcohol que se introdujeron a Ciudad Juárez, un porcentaje se destinó para consumo local y el otro para regresarlo de nuevo a su lugar de origen de forma ilegal. Esta situación revela que posiblemente fue más fácil organizar y planear la distribución desde la frontera mexicana. A lo largo del río Bravo había puntos que los agentes federales no lograron cubrir. Además, no se descarta que algunos de ellos estuvieran involucrados en ese rentable negocio ilegal.

Las autoridades mexicanas también dispusieron reglamentar y prohibir la entrada y salida de licor. Así, para el 28 de febrero de 1920, la Secretaría de Hacienda comunicaba a todos los administradores de las aduanas de la frontera norte una orden por la que se prohibía la exportación de licores a Estados Unidos, así como la llegada de vinos espirituosos de este país (La Patria, 1 marzo de 1920).

Esas dos medidas que, por separado, pero en la misma época, implementaron los dos gobiernos resultaron ineficaces, pues parece que el contrabando creció a tal grado que la vigilancia resultó insuficiente para contrarrestar la actividad ilícita. El contrabando de licor constituyó un problema, pues el gobierno dejó de recibir importante sumas de dinero por concepto de impuesto por los licores.

Ante la inminente prohibición y a tan sólo un día de que entrara en vigor la citada ley, los propietarios del ramo del licor se dieron a la tarea de llevar todas las bebidas a Ciudad Juárez, que, según los periódicos de la época, se convirtió en la ciudad de la frontera mexicana que más almacenó licores y vinos. El periódico La Patria informaba así a sus lectores: “Siendo mañana el último día en que se sacará legalmente licor de este país, una gran cantidad de barriles y cajas de diferentes bebidas alcohólicas, en su mayor parte de diversas marcas de whisky, han pasado por este puerto a la vecina Ciudad Juárez (La Patria, 1 marzo de 1920). Más que informar, ponía en alerta al público en general sobre los efectos de la medida, de tal suerte que parecía que el periódico estaba en contra de la disposición y de esta manera fijaba su postura.

Pequeñas cantinas se instalaron y expendieron el pulque como principal producto; el vaso tuvo un costo al consumidor de diez centavos. La producción del pulque tenía su temporada. Durante la primavera, esta bebida derivada del maguey se somete a un proceso de fermentación, por lo que requiere se consuma entre 24 o 36 horas después de su fabricación, pasado este tiempo ya no es recomendable ingerirlo. El pulque, bebida fermentada de carácter popular, se consumía principalmente en cantinas que, de acuerdo a la clasificación que establecía el municipio, correspondía a las de tercera categoría, con lo que indirectamente imponía una distinción de tipo clasista, pues el pulque lo consumían las clases económicamente bajas.

La lucrativa actividad del contrabando de licor, resultado de la prohibición del alcohol en la Unión Americana, no se restringió a un género, pues las mujeres también se involucraron en esta actividad ilícita. Las norteamericanas que venían de visita a Ciudad Juárez a su regreso a El Paso transportaron de manera oculta botellas de licor, algunas fueron detectadas y puestas a disposición de la autoridad, y otras lograron introducirlo. También las mexicanas se arriesgaron y transportaron licor ilegalmente a Estados Unidos. La sanción aplicada a quienes ilegalmente transportaron licor a territorio estadounidense consistía en multas económicas y años de cárcel. El lucrativo negocio de tráfico de licor ilegal, modificó los tradicionales roles sociales asignados a las mujeres, ahora el contrabando no era cuestión de género, por ejemplo, Josefina Ronquillo testificó ante la corte federal mexicana, pues había sido arrestada porque en su casa se encontraron 19 botellas de tequila. El argumento del ama de casa, quien había dejado ese rol tradicional para dedicarse a una actividad más lucrativa, pero ilegal, era que su marido no ganaba lo suficiente para la manutención y que por eso se había dedicado al tráfico de licores (La Patria, 1921). ¿Acaso la declaración de la mujer evidenciaba la situación de pobreza de la población o ponía de manifiesto que el tráfico de licor fue practicado por todas las clases sociales existentes?

La prohibición causó conmoción. Muchas personas de El Paso cruzaron el puente para ir a consumir alcohol a Juárez, lo cual motivó a que autoridades migratorias norteamericanas iniciaran un proceso de control. El jefe de la oficina de inmigración de El Paso ordenó que no se aceptaran pasaportes de uno, cinco o diez días otorgados por las autoridades del estado de Chihuahua. Con la prohibición se abrió otra actividad ilegal que grupos reformistas, progresistas y protestantes no sopesaron sino que contribuyeron para que norteamericanos, alemanes, irlandeses y mexicanos se enriquecieran mediante el contrabando de licor que se consumía en grandes cantidades en Estados Unidos, cuando era legal su consumo.

En la búsqueda para disminuir el índice de personas dedicadas al contrabando de licor, se endurecieron las sanciones para todas las personas que violaban las leyes relativas al tráfico de licores. Las leyes se dieron a conocer por diferentes medios. Los conductores de automóviles de sitio que violaran la disposición, serían sujetos a clausura durante un año, mientras que los particulares corrían el riesgo del decomiso del vehículo. El jefe de los agentes federales no dudó en anunciar una enérgica campaña en contra de todas las personas que se dedicaran a violar las leyes prohibicionistas. Norteamericanos y mexicanos, sedientos de licor y de placer, continuamente violaban el orden jurídico y moral de Ciudad Juárez. Muchos de ellos fueron encarcelados y su liberación consistió en el pago de multas fijadas por el juez de barandilla. Espectáculos denigrantes eran parte de la cotidianidad por parte de los visitantes o turistas, algunos de ellos fueron arrestados por deambular semidesnudos por las principales calles (La Patria. 1920). Lo paradójico del problema que representaba la ebriedad pública, que quebrantaba muy seguido el bando de buen gobierno y por tanto la moral pública, parecía compensarse con los ingresos que generaba al erario municipal, de tal manera que a la más leve insinuación de personas ebrias por quebrantar el reglamento, inmediatamente eran encarceladas, pues de antemano se entendía que para salir de la cárcel tenían que cubrir determinada cantidad de dinero que fijaba el juez de barandilla. Los turistas norteamericanos, según los reportes policíacos, eran los que más infringían el reglamento.

Por otra parte, los turistas norteamericanos que pisaban la cárcel municipal por ebriedad y faltas a la moral, regularmente se quejaban del despojo de sus pertenencias personales cuando entraban a la celda, pues relojes, joyería y dinero en efectivo no les eran devueltos. Estos actos de corrupción de las autoridades se denunciaban a través de la prensa escrita, que cotidianamente calificaba a los funcionarios de corruptos.

La prohibición del alcohol al otro lado de la frontera, no sólo generó clandestinidad, también generó fortunas para los que se dedicaron a la ilegalidad. Empresarios u hombres de negocios de la ciudad aprovecharon el momento, pues establecieron destilerías y, posiblemente, fueron artífices del contrabando y prostitución. A pesar de que existía la prohibición en el vecino país del norte, el alcohol nunca dejó de producirse; parte fue para consumo interno y otra tuvo como destino las ciudades fronterizas de Ciudad Juárez, Tijuana, Matamoros, etc.

Juárez fue productor de whisky, cerveza, y bebidas extraídas del agave, como mezcal y sotol. Así como había cantinas de primera clase –con reservados para aquellos que querían espacios discretos donde no fueran vistos por los demás clientes–, también las hubo de segunda para la clase media, y de tercera para el trabajador común o jornalero, quienes bebían mezcal, sotol y pulque.

Ante la situación ilegal del contrabando de alcohol, la influyente Cámara de Comercio de Ciudad Juárez y la autoridad municipal se dieron a la tarea de integrar comisiones cuyo objetivo era reglamentar el tráfico de licores para el estado de Chihuahua. Esta reglamentación buscaría bajar y combatir el contrabando de alcohol bajo una “absoluta y radical prohibición de dicho tráfico, en virtud de los graves daños morales, sociales y económicos que la referida prohibición acarrearía a este estado” (AHCJ, 9 de marzo de 1921).

Sin embargo, se observa que la reglamentación, más que cuidar valores morales y sociales, iba encaminada a cuidar los intereses, primero, de los inversionistas locales y, después, del estado. El Municipio cobraba el impuesto correspondiente, igual que el estado y la federación. Posiblemente, y no se descarta, la intención de conformar la comisión también obedeció a presiones de actores sociales como grupos prohibicionistas al otro lado del río.

Por supuesto, la influyente cámara aglutinaba a la élite comercial y empresarial; es decir, algunos herederos de los negocios de sus padres y otros que mediante inversión lograron duplicar su capital. Otros más se asociaron a extranjeros para llevar a cabo la producción ilegal y luego pasarla al otro lado de la frontera. En función del contrabando de alcohol se tejió una compleja red de tráfico en la que estuvieron implicados, no sólo empresarios mexicanos y norteamericanos, sino, posiblemente, autoridades de ambos lados de la frontera participaron de esa actividad que les redituó jugosas ganancias.

Lonnie Langston sostiene que Julián Gómez, Antonio J. Bermúdez –quien fuera director de la paraestatal Petróleos Mexicanos–, Enrique Fernández, por citar algunos ejemplos, hicieron cuantiosas fortunas con la producción y el contrabando de licor (Lonnie-Langston, 1974, p. 226). También fueron parte del poder político, pues varios de ellos, como Bermúdez y Valentín Fuentes, ocuparon importantes puestos en la administración municipal. Herederos de esas fortunas y de negocios originados en la ilegalidad, las generaciones actuales gozan de prestigio en el mundo de los negocios a nivel local, estatal y nacional.

Valgan como ejemplo las redes del poder basadas en relaciones de parentesco, Antonio J. Bermúdez (Chávez, 1959, pp. 356-357), originario de la homónima capital del estado de Chihuahua, llegó a Ciudad Juárez en 1922, contrajo nupcias con Hilda Mascareñas, hija de un ex gobernador del estado. Años más tarde fue considerado como una de las personas de mayor solvencia económica de la localidad. Ocupó la Presidencia Municipal 1942-1943, durante plena efervescencia de la Segunda

Guerra Mundial, otro periodo en la historia de Ciudad Juárez caracterizado por el alto consumo de alcohol de los soldados acantonados en Fort Bliss. En el gobierno de Miguel Alemán fue llamado a ocupar la dirección general de Petróleos Mexicanos. En la década de los ochenta, su sobrino y heredero, Jaime Bermúdez fue electo presidente municipal.

Conflictos laborales en cantinas

En 1921, fueron denunciados por inspectores municipales los propietarios de las cantinas La Numancia, La Bohemia y Salón París, al sorprender a menores de edad trabajando en el mostrador o como de meseros (AHCJ, 15 de junio de 1921). Contratar menores estaba tipificado como delito grave y era una violación a la ley federal. Los menores eran objeto de explotación laboral, pues los empleadores les pagaban salarios menores al mínimo establecido.

La Ley de Trabajo del Estado de Chihuahua establecía que la proporción de trabajadores en el área laboral debería ser proporcional: un 80 por ciento para mexicanos y el resto para extranjeros. Sin embargo, los propietarios de las cantinas privilegiaron en los empleos de más relevancia a extranjeros, mientras que a los mexicanos los destinaban a labores de servicio y de limpieza. Españoles, norteamericanos, chinos y de otras nacionalidades, competían con los mexicanos dentro de su mismo territorio por un espacio de trabajo que, por ley, correspondía a mexicanos. Esto refleja que la autoridad no quería entrar en conflicto con uno de los sectores que más recaudación le significaba, por lo tanto, permitió que los concesionarios decidieran a quién contratar y a quién no. Éste fue uno de los principales conflictos que por más de una década no se resolvió totalmente.

Durante febrero de 1921, el municipio recaudó por concepto de bebidas embriagantes (AHCJ, 26 de febrero de 1921) la no despreciable suma de 140 mil 300 pesos, distribuidos en tres rubros: derecho de patente de licores, 103 mil 956 pesos; bailes en cantinas, 33 mil 974 pesos; y por música en cantinas, 2 mil 370 pesos. Se estima que el ingreso anual al erario municipal por concepto de bebidas fue de más de un millón de pesos.

Con la finalidad de que el lector tenga idea de lo que recaudaba el Ayuntamiento de Ciudad Juárez por el concepto de bebidas embriagantes, la cantidad equivalía, aproximadamente, a lo que el Gobierno Federal prometió destinar para la educación en el estado de Chihuahua en 1920, cuando el general Álvaro Obregón tomó posesión de la Presidencia de la República. La Federación se comprometió con el general Ignacio C. Enríquez, gobernador de Chihuahua, a entregar un millón y medio de pesos anuales para el gasto educativo. Otra de las promesas del presidente al gobernador fue la autorización para concesionar el juego en Ciudad Juárez, lo que significaría para el erario local ingresos por poco más de dos millones de pesos anuales (Gonzalez-Herrera, 1990, p 95).

Consideraciones finales

Mientras que El Paso entraba de lleno a la modernidad por acción del desarrollo económico que fue impulsado por el ferrocarril, Ciudad Juárez experimentaba un proceso de dependencia con respecto de su contraparte norteamericana y una agudización de la problemática social. La paulatina transición de diversiones “viciosas” de El Paso hacia Ciudad Juárez, desde el punto de vista económico, sólo significó un “analgésico” para la baja productividad que experimentaba la ciudad. La modernidad en El Paso, no sólo mejoró los niveles de vida de su población, sino que, al mismo tiempo, era causa y efecto de problemas sociales que al corto tiempo influyeron para construir una imagen de ciudad viciosa. Bajo un esquema de ideas y creencias, puritanos y reformadores, percibían al vicio como un “mal” y una forma de corrupción para su sociedad, de tal manera, que lejos de sus principios éticos emanados del protestantismo, poco les importó el “expulsar” lo que creyeron era fuente del “vicio” hacia Ciudad Juárez. Los conflictos laborales y sociales de la

sociedad del espacio fronterizo mexicano resultaron de la idea de los anglos de que eran superiores económica y socialmente que los mexicanos.

Para finales del siglo XIX, ricos comerciantes de El Paso se valieron de la prensa escrita para construir las primeras representaciones negativas de Ciudad Juárez. Ricos comerciantes de El Paso usaron la prensa escrita en inglés para así influir en el imaginario colectivo y mostrar que Ciudad Juárez resultaba “peligrosa”. Bajo esta representación, los anglos influyeron en las creencias de la población y las autoridades de El Paso para poner en evidencia que la contraparte del espacio fronterizo mexicano era una “amenaza” para la seguridad nacional. A través de la prensa urdieron una “efectiva” campaña de desprestigio, a tal grado, que la parte de la población veía a sus semejantes mexicanos como el “mal” encarnado. De esta manera, se demostró la efectividad de los medios masivos de comunicación para influir en la opinión pública, a tal grado de que sirve a “quienes desearían controlar las opiniones y creencias de nuestra sociedad [ya que] [...] recurren menos a la fuerza física y más a la persuasión masiva” (Lazarsfeld y Merton, 1986, p. 25).

Bibliografía

Bell, D. (1982). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Obtenido desde <http://scholar.google.com.mx> el 08 de junio de 2009.

Castellanos-Guerrero, A. (1981). *Ciudad Juárez: la vida fronteriza*. México. Nuestro Tiempo. 1981.

Ceballos-Ramírez, M. (2001). *Encuentros en la frontera: mexicanos y norteamericanos en un espacio común*. México: Universidad Autónoma de Tamaulipas.

Chávez, A. B. (1959). *Sesenta años de gobierno municipal*. México: Gráfica Cervantina.

Delgadillo, W. y Limongi, M. (2000). *La mirada desenterrada, Juárez y El Paso vistos por el cine (1896-1916)*. El Paso, Texas: Miguel Ángel Berumen.

Estrada, R. M. (1975). *Border Revolution: The Mexican Revolution in the Ciudad Juárez-El Paso Area, 1906-1915*. Tesis de maestría, Universidad de Texas en El Paso, Estados Unidos de Norteamérica.

Flores-Simental, R., Gutiérrez-Roa, E. y Vázquez-Reyes, Ó. (1998). *Crónica en el desierto*. México: Ágora comunicadores.

García, M. T. (1981). *Desert Immigrants. The Mexicans of El Paso, 1880-1920*. Estados Unidos de Norteamérica: New Haven, Yale University Press.

García-Pereyra, Rutilio. (2007). *Vicio y diversión en Ciudad Juárez. Tradición e imagen estigmatizada de una ciudad fronteriza. 1900-1930*. Tesis doctoral, El Colegio de Michoacán, A.C.

González-Herrera, C. (2006). *La frontera que vino del norte. Prácticas de identidad, formación nacional, discriminación y resistencia en la conformación de la frontera Estados Unidos-México: la región de El Paso, 1900-1930*. Tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

González-Herrera, C. (1990). La política chihuahuense de los años veinte: El gobierno de Ignacio C. Enríquez 1920-1923. *Noesis, Año II*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

González de la Vara, M. (2002). *Breve historia de Ciudad Juárez y su región*. México: Universidad de Nuevo México, El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

González-Herrera, C. (1990). La política chihuahuense de los años veinte: El gobierno de Ignacio C. Enríquez 1920-1923. *Noesis. Año II*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Herrera-Pérez, O. (2001). *El régimen de excepción fiscal y la formación histórica de la frontera norte de México*, en Manuel Ceballos Ramírez (coord.) Encuentros en la frontera: mexicanos y norteamericanos en un espacio común. México: El Colegio de México, Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Tamaulipas.

Lonnie-Langston, E. (1974). *The impact of prohibition on the Mexican-United States border: The El Paso Ciudad Juarez Case*. Tesis de doctorado, Texas Tech University, Estados Unidos de Norteamérica.

Martínez, O. J. (1982). *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ochoa, Á. y Uribe, A. (1990). *Emigrantes del oeste*. México: CONACULTA.

Lazarsfeld, P. F. y Merton, R. K. (1986). *Comunicación de masas, gustos populares y acción social organizada. Sociología de la comunicación de masas II. Estructura, funciones y efectos*. España: Gustavo Gili.